

## Después de la revolución: un modelo fantaseado de la atención en salud

*P. Dumont*

---

El siguiente texto está basado en una conversación sostenida con Matt Anderson y en una lectura detallada del editorial que él, Lanny Smith y Victor Sidel escribieron para el número de marzo, 2010, de la revista *Medicina Social*.

Lo que quedaba de la izquierda estadounidense ha sido eliminado por un movimiento laboral desempoderado; un aparato estatal paranoico, gobernado por intereses corporativos, que comanda tecnologías enormes de control social y, lo más importante, que experimenta su propia fragmentación. Esta última constituye, en parte, nuestro fracaso en el desarrollo de un modelo compartido de lo que realmente queremos como sistema social funcional, más allá de una noción vaga y poco específica de socialismo, un término que los medios controlados por intereses corporativos han convertido en tabú.

Un modelo radical de atención en salud no puede ser visualizado en el vacío. Solamente puede ser uno de entre varios modelos institucionales compatibles; pero uno que seamos capaces de articular, incluso ahora, ya que puede servir como plantilla para esos otros modelos.

---

**Matt Dumont**, psiquiatra en Cambridge, Massachusetts, autor de *Treating the Poor* (Curando a los pobres), sobre salud mental comunitaria, en un área de bajos ingresos. Con el seudónimo de Hugo Drummond escribió una serie de artículos de salud desde la izquierda en la revista *Mother Jones*, durante los primeros doce años de su publicación. No usa Internet, pero puede ser contactado por correo: 127 Mt. Auburn St., Cambridge, Ma. 02138

Personalmente, prefiero el término atención a la salud, al de la palabra “medicina” para referirse a aquello que en la editorial, se dice, necesita “reestructuración”. La palabra “medicina” sugiere el antiguo respeto de la diosa Higía, otorgado a las deidades más agresivas de la curación, de cuyo manto de embrujo no hemos sido nunca capaces de librarnos. Por tanto, que estén manchados de corrupción, estupefactos por la tecnología y, aparentemente, democratizados por la presencia de enfermeros y asistentes de medicina, los médicos siguen siendo los sacerdotes de tal empresa. La formación médica enseña, sobre todo, arrogancia y mando, sobre el conocimiento esotérico que implica una clientela pasiva y esencialmente ignorante, a pesar de la artificiosa sofisticación de los discursos plagados de verborragia. Esta relación, esencialmente autoritaria, puede contener el germen de todas las otras jerarquías de nuestra sociedad y está en desacuerdo con nuestros valores fundamentales.

A continuación, nuestra fantasía: todas las escuelas profesionales de medicina y de salud son eliminadas. La información sobre salud que presupuestamente se enseña en estas escuelas ya no es un proyecto educativo “más elevado” y especializado. Sino que se vuelve uno tan básico, obligatorio y universal como el leer y escribir. Empieza como una corriente curricular desde la educación preescolar y continúa durante toda la vida. Con cada año que transcurre, va haciéndose más profunda y aumentando en grado de sofisticación, de

modo que cuando una persona se vuelve padre o madre, él o ella saben la diferencia entre una infección ocasionada por un estreptococo beta hemolítico grupo A y una viral. Todos sabrán visualizar un tímpano, revisar la presión arterial, escuchar los sonidos cardíacos y examinar retinas. Los aspectos esenciales de las evaluaciones del estado mental y psicológico serán aprendidos como habilidades no más difíciles que el abrocharse los zapatos. Cuando “observar y esperar” en lugar de abrir y radiar serán un conocimiento tan común como el saberse cepillar los dientes. La guía suprema para tal currículo será lo que ahora llamamos “salud pública”.

Eso que actualmente conocemos como “psicoterapia” será una de las primeras cosas que aprendan los estudiantes: cómo escuchar y tratar de entender al otro, cómo no interrumpir, cómo ser menos crítico, cómo ser pacientes, *cómo ser curiosos*. De manera crítica, todos sabremos qué buscar y preguntar cuando el otro parezca tan infeliz que pueda estar pensando en el suicidio.

Sé que la gente es diferente y que, incluso bajo el socialismo, tendrá diferentes inclinaciones y habilidades. Algunos más hábiles se sentirán más atraídos por la cirugía que otros carentes de inquietudes holísticas o filosóficas. Aunque sea así, justo como todos podemos aprender algo sobre reparaciones de carpintería, plomería y eléctricas, lo haremos sobre lo más

básico de lo que habrá quedado del gremio de doctores, mismo que será un motivo de burla en el futuro (tal como ahora nos reímos de las batas y las máscaras de cuervo del pasado). Una vez que se hayan eliminado el papel y los procedimientos complicados de los médicos, toda la existencia social será cuestión de compartimiento mutuo y de refinamiento del conocimiento.

Algunos han de argumentar que la “etapa educativa” en la vida no es suficientemente larga para que todos aprendan todo. Estoy de acuerdo. Sin embargo, también recuerdo la sarta de cosas inútiles que tuvimos que aprender y que pueden ser sacrificadas. Con todo el respeto que las matemáticas se merecen, yo tuve que aprender trigonometría y cálculo, ninguno de las cuales jamás en verdad entendí y, definitivamente, nunca usé. Por otro lado: ¿Por qué hemos de tener un período de aprendizaje más corto que la vida misma?

Por lo menos, si se intenta una revolución educativa tal, la brecha entre el proveedor y el beneficiario de atención en salud ha de ser reemplazada por una práctica de participación más sustancial que las más o menos condescendientes discusiones que actualmente ocurren en su nombre.

De ese modo, después de la revolución, la atención en salud será para todos y *por todos*.



## Medicina Social

Salud Para Todos